

January 2002

¿Qué hacer frente al crecimiento de nuestras ciudades?

Patricia Rincón Avellaneda

Universidad de La Salle, Bogotá, mip82@coll.telecom.com.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rincón Avellaneda, P. (2002). ¿Qué hacer frente al crecimiento de nuestras ciudades?. Revista de la Universidad de La Salle, (34), 11-18.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

¿QUÉ HACER FRENTE AL CRECIMIENTO DE NUESTRAS CIUDADES?

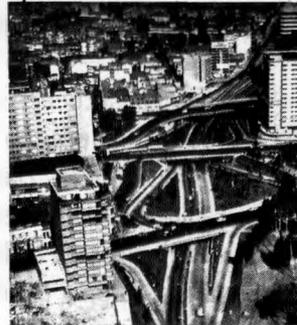
Patricia Rincón Avellaneda

*Arquitecta, Urbanista, Docente Facultad
de Arquitectura Universidad de La Salle.
Postgrado en la Universidad Técnica de Berlín,
Facultad de Arquitectura, Instituto de
Planeación y Construcción en Países en Desarrollo.
mip82@col1.telecom.com.co*

Tal y como lo señala el informe de las Naciones Unidas (Brundtland, 87), el ritmo de crecimiento de las ciudades es imparable en las actuales condiciones de la sociedad y se hace más crítico en los países del tercer mundo debido a sus difíciles condiciones económicas, sociales y políticas.

El presente artículo plantea las diferencias más relevantes de este crecimiento, (causas y alternativas) según esté ocurriendo en países industrializados o en aquellos en desarrollo como el nuestro. Se pretende evidenciar el hecho que toda alternativa relativa al crecimiento debe pasar por la formulación de políticas en torno al concepto del desarrollo sostenible y a su compromiso de emparejar dos términos: desarrollo humano y sostenibilidad ecológica.

Para nuestra labor como arquitectos, urbanistas, docentes y ciudadanos en general, los fenómenos de esta naturaleza son un motivo para poner a prueba nuestras capacidades y recursos intelectuales y materiales buscando el progreso y la convivencia.



El ritmo cada vez más acelerado de los avances tecnológicos actuales, permite prever que nos encontramos frente a un ciclo marcado por la continuidad del desarrollo, con todos los elementos positivos y negativos que hasta el momento esto ha producido a la humanidad. Es bien conocido que por causas de tipo económico, tecnológico, cultural, político, social o demográfico, entre otros, las sociedades y sus ciudades experimentan fases de crecimiento y de-crecimiento en aspectos materiales y espirituales.

La actual fase de la humanidad se caracteriza por la tendencia continua a la urbanización, según se desprende de estudios del Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, quien en su informe *“Un mundo en proceso de urbanización”* (1986) alerta sobre este fenómeno, casi concluido en los países más desarrollados, pero que en las próximas décadas será más contundente en los menos desarrollados por causas muy diferentes a las de aquellos, puesto que mientras allí irrumpieron desde mediados del S. XIX, procesos de industrialización que requerían mano de obra y motivaron profundos cambios en la ubicación de la población, actualmente las ciudades del tercer mundo no son fuente importante de trabajo, no absorben grandes masas de trabajadores a una economía formal, y el crecimiento en ellas es causado principalmente por desplazamientos de población de las áreas rurales a las urbanas y por continuados crecimientos demográficos.

Las consecuencias que estos cambios están generando en las estructuras urbanas de las ciudades y en la calidad ambiental del planeta han vuelto a poner sobre el tapete la discusión en torno a las opciones para enfrentar este fenómeno.

Crecimiento y desarrollo sostenible

En el ámbito general, la alternativa relativa al crecimiento pasa por la formulación de políticas en torno al concepto del desarrollo sostenible (Naciones Unidas, 1987) y a su compromiso de emparejar dos términos: desarrollo humano y sostenibilidad ecológica, que durante décadas han caminado de forma separada e incluso antagónica.

El *Informe Brudtland* (ONU, 1987) plantea por primera vez el concepto como una búsqueda de equilibrio entre factores económicos, sociales y ambientales y propone replantear el enfoque unilateral del desarrollo capitalista, orientado principalmente al crecimiento económico y desligado de preocupaciones por el desarrollo humano, social, político, cultural, y ambiental, para enfrentarlo al reto de buscar un utópico equilibrio que abarque todos los ámbitos del ser y la sociedad de cara al presente y con responsabilidad hacia el futuro; luego de la Conferencia de 1992 en Río de Janeiro (Brasil), el aspecto de la participación ciudadana se suma a los tres anteriores como factor imprescindible en el camino hacia un desarrollo sostenible.

Lamentablemente la reciente cumbre de Johannesburgo presentó un balance poco favorable a lograr avances importantes en torno a la obligatoriedad de incluir compromisos precisos en torno a este tema, especialmente en las agendas de desarrollo de los países más poderosos.

Crecimiento urbano o la disyuntiva entre ciudades dispersas y compactas

Con relación a la discusión urbanística contemporánea surge la tensión entre dos propuestas contrarias para enfrentar el crecimiento urbano; una de ellas, la muy marcada tendencia en países desarrollados hacia la dispersión sobre el territorio de las más diversas actividades urbanas; la otra, buscando enfrentar la primera, acentúa el atractivo de la ciudad compacta. Entre estos dos extremos se proponen híbridos, mezclas, opciones más o menos realistas, como aquella que aceptando la dispersión, le superpone una red que estructure, en la periferia, nodos o núcleos dotados de servicios, comunicaciones y transporte, proporcionándole cualidades hasta ahora insospechadas.

Las nuevas formas de ciudad difusa o dispersa, en contravía de las tradicionales ciudades concentradas características del viejo continente, parecen ser el producto de la libertad de localización de actividades inherente a las nuevas tecnologías, de la aparición de nuevas necesidades en cuanto a equipamientos y servicios asociados al mejoramiento en la calidad de vida de sus habitantes y al aumento en su bienestar económico entre otras. Esta tendencia, paradójica en los países europeos con tradición de ciudades concentradas y densas, resulta más preocupante por el hecho de no ser producto de crecimientos demográficos significativos; al contrario, algunas de estas ciudades o países experimentan fenómenos de estancamiento o en algunos casos decrecimiento de su población.

La renovación urbana de grandes áreas de ciudad hace parte importante de la actividad urbanística contemporánea.

La otra tendencia, a favor del mantenimiento y revitalización de las ciudades compactas, promueve como alternativa de utilización del territorio, la recuperación, reciclaje y renovación de áreas obsoletas al interior de la ciudad, tales como antiguas zonas portuarias, naves industriales y bodegas. Esta renovación busca atraer residentes, especialmente de ingresos medios altos y consolidar estas áreas con mayor densidad y variedad de usos.

Es significativa la lista de ciudades que emprenden cada vez con mayor prontitud procesos de renovación. Basta mencionar nombres como Bilbao, Barcelona, Berlín, Londres, o Rotterdam. Igualmente significativos son los presupuestos que se invierten en los grandes procesos de renovación urbana, con resultados muy llamativos en algunos casos o grandes fracasos financieros en otros. La renovación urbana de grandes áreas de ciudad hace parte importante de la actividad urbanística contemporánea, que busca mantener y cualificar áreas urbanas compactas con calidad.

Este ímpetu renovador, entendido como el resultado del cambio de paradigmas de las últimas décadas que introduce en la ciudad industrial de los siglos anteriores, hecha y pensada fundamentalmente para el trabajo, temas ligados con la oferta de servicios, con el ocio y con la calidad ambiental del entorno urbano, se convierte en factor fundamental para su reconversión, su transformación, su puesta a tono, como se expresa en la siguiente cita:

“La ciudad industrial, capitalista, gris y humeante, ya no tiene razón de existir. La ciudad contemporánea, basada en una economía simbólica, en la gestión y en el intercambio, está orientada hacia el exterior. Ella debe, antes que nada, gustar para atraer personas y capitales y para estimular el consumo”
(Amendola, 2000)

La gestión y presencia de inversiones públicas desencadenando los procesos y atrayendo e incentivando la movilización de recursos del sector privado en su continuación, expresa no solamente el grado de bienestar y riqueza que permite disponer los recursos para acometer tales empresas, sino también la clara conciencia de sus ciudadanos y autoridades municipales sobre la importancia de la calidad de vida como factor determinante para hacerlas competitivas.

Crecimiento urbano y pobreza

Las alternativas, tendencias, discusiones y realizaciones mencionadas anteriormente, practicadas de forma simultánea en ciudades de países desarrollados cuyo continuo crecimiento físico no está justificado por crecimientos demográficos, nos revelan la mayor gravedad de nuestro crecimiento, ocasionado no por el aumento en la riqueza de la mayoría de ciudadanos, ni por la elevación generalizada en su nivel de vida,

sino que al empobrecimiento de la última década y al crecimiento demográfico, se suman los desplazamientos forzados de población por el agravamiento del conflicto armado, haciendo que las opciones para enfrentar continuos crecimientos urbanos deban surgir del conocimiento de estas condiciones particulares.

Bogotá, como lo gran mayoría de ciudades del tercer mundo, está inmersa en una realidad caracterizada por el acelerado crecimiento urbano, el desplazamiento masivo de las gentes de las áreas rurales hacia los centros urbanos en los cuales se dan procesos marcados de segregación social, decaimiento de áreas centrales, escasa inversión pública o privada en proyectos estratégicos de renovación y grandes desarrollos ilegales en los bordes y poca capacidad de control sobre éstos, que al contrario de lo planteado para las nuevas periferias de las ciudades de los países avanzados, siguen siendo en su gran mayoría, “espacios sin calidad, habitados por quienes carecen de medios para vivir en el centro” (Monclus, 1998 p. 30)

Si bien es cierto que en términos estadísticos el crecimiento de la ciudad ha venido desacelerándose, estamos lejos de superar déficit cualitativos y cuantitativos de viviendas, equipamientos, áreas verdes, comunales y transporte.

Por otra parte, los últimos estudios sobre tendencias de desarrollo demográfico



Imagen 1: Periferia sur occidental de Bogotá. Foto: Germán Montenegro

realizados como fase previa para la elaboración del Plan de Ordenamiento Territorial, P.O.T., para Bogotá, han coincidido en prever un aumento de la población alrededor de 1'700.000 personas para el año 2010 (Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000), y si bien en algunos sectores se ha manifestado reserva sobre la cifra, no se han señalado tendencias hacia un estancamiento o disminución de la población actual.

Periferias y calidad de vida

Mientras en el país no se haga efectiva la posibilidad de planificar equilibradamente el territorio nacional, para lograr una redistribución de la población y de las actividades productivas¹, las periferias formales e informales continuarán siendo

¹ La denominada Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial, que hace trámite en el Senado, establece apenas los términos en los que podría replantearse el ordenamiento nacional, sus instrumentos,

los lugares de mayor dinámica frente al crecimiento.

Dicho de otra forma, el futuro de nuestras ciudades, se jugará fundamentalmente en la posibilidad de imaginarnos y realizar una acción que reestructure las actuales periferias y planifique las nuevas, puesto que lo existente no ha sido pensado ni producido bajo un modelo de ordenamiento que busque, mediante la concreción de formas de equilibrio social, desarrollar armónicamente el territorio, propiciar diversidad de usos y actividades, es decir multifuncionalidad, y evitar las desventajas de los sectores monofuncionales, donde sólo se realiza una actividad, sea ésta trabajo, residencia o recreación, y se mantiene la necesidad de desplazamientos largos para realizar alguna actividad diferente como educación, salud, o cultura, entre otras.

Nuestras actuales periferias han sido, ante todo, el resultado de las precarias condiciones económicas de grupos de pobladores que no encuentran otra

opción, del aprovechamiento de estas necesidades por parte de propietarios, legales o ilegales, de terrenos en periferias o en municipios colindantes a las grandes ciudades. Por otro lado está la incapacidad de las autoridades municipales para intervenir allí donde se refleja la muy limitada conciencia sobre el valor de un desarrollo planificado que busque el equilibrio social, económico y ecológico, y la participación de los habitantes en la conformación de su entorno que si bien es y ha sido decisiva, carece de horizontes de desarrollo humano.

Las actuales áreas de borde en las que se encuentra agudizada toda la problemática característica de las ciudades, están conformadas en su inmensa mayoría por población de bajos ingresos predominantemente jóvenes. Estos sectores adolecen en sus inicios de monofuncionalidad, hacinamiento y carencia de todo tipo de servicios (infraestructuras y equipamientos), su mayor bien en los primeros momentos es su cercanía a la naturaleza en razón de situarse en el límite.



*Imagen 2: Barrio en proceso de consolidación.
Foto: Germán Montenegro.*

competencias, entidades, por lo cual en el corto plazo no será un instrumento que ayude a compensar los desequilibrios territoriales que inciden en el continuo crecimiento de las ciudades, y estas siguen estando abocadas a encontrar alternativas y consensos en el nivel local y regional.

(ver imagen 2) Posteriormente esta única ventaja inicial se pierde al ser absorbidos por nuevos desarrollos, cualidad que no es compensada por las ventajas de habitar una ciudad puesto que continúa el déficit en servicios, equipamientos, conectividad y no se logra tampoco la integración de los nuevos habitantes a una economía estable o formal.

Lo negativo de este último aspecto introduce en estos sectores una estrecha relación entre trabajo y vivienda por la vía de una economía informal de subsistencia o rebusque, característica muy común que es importante analizar y mejorar. La casa, además de sitio de residencia debe producir ingresos que complementen o suplan la carencia de empleo de los miembros de la familia.

Se conforman así, fuera de toda planificación, las grandes áreas de “vivienda productiva” como frecuentemente denominamos la transformación de una construcción para una familia, en una edificación que alberga algún tipo de producción artesanal o comercio incipiente, vivienda para la familia propietaria y espacios de alquiler para otros núcleos familiares; en términos estrictamente económicos y de productividad, posiblemente muchos de estos negocios no sean realmente rentables y en términos de calidad de vida y desarrollo humano de sus habitantes podríamos incluso pensar que tal y como se desarrollan hoy en día estas áreas, sean altamente “improductivas”.

Si a esta realidad que se vive actualmente se le suma el hecho de que los nuevos crecimientos estarán producidos por personas pertenecientes a los grupos de más bajos ingresos, es imprescindible diseñar nuevas opciones de crecimiento y encontrar cuáles apoyos debe ofrecer la ciudad a sus nuevos habitantes para que estén en capacidad de desarrollarse ellos mismos, aportando al bien común y al equilibrio social económico y medioambiental de la ciudad.

Una de las múltiples opciones que tendríamos que imaginar, buscaría que el factor de la mezcla de vivienda y trabajo, producto de la economía de subsistencia, sea cualificado



*Imagen 3: Borde oriental de Bogotá.
Foto: Germán Montenegro.*

tanto en la forma como se planea, usa y disfruta la vivienda, como en la forma como se desarrolla el trabajo, y que ambas actividades tengan apoyos desde el tema de las infraestructuras y los equipamientos hasta el de recreación y adecuado medioambiente.

Cualificar la periferia: ¿una opción?

Acciones estatales y privadas que promuevan el desarrollo humano de sus habitantes, que aumenten y amplíen la productividad de las empresas familiares mejorando los productos, promuevan la conformación de cooperativas y asociaciones que siendo más productivas desencadenen nuevas e inéditas dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, incidirán en la creación de nuevas formas urbanas de mayor calidad.

Apoyar la cualificación del capital humano actualmente subutilizado, podrá desencadenar una reconfiguración del espacio urbano y hacer que estos grupos humanos en lugar de seguir siendo vistos como un lastre o un peligro, puedan enfrentar ellos mismos su desarrollo y hacer un aporte invaluable a todo el conjunto de la sociedad.

En este punto la academia, con el gran potencial de creatividad y conocimiento de sus estudiantes y docentes, tiene la ineludible responsabilidad de repensar las formas en que nutre y aporta a la sociedad, cómo se acerca a la formulación

de los problemas, cómo cuestiona las fórmulas aceptadas, que por aceptadas no son exactamente las mejores para la conformación de un hábitat social más justo, equitativo y respetuoso del ser humano y sus potencialidades. 

Bibliografía

- Amendola, Giandomenico, *La Ciudad Posmoderna*, Celeste ediciones, Madrid (España), 2000.
- Departamento Administrativo de Planeación Distrital, "Documento Técnico de Soporte", *Plan de Ordenamiento Territorial*, P.O.T., Bogotá, 2000.
- Monclús, Francisco Javier, *La ciudad dispersa*, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, (España), 1998.
- Naciones Unidas, "Nuestro Futuro en Común", *Informe Brundtland*, Alianza Editorial, Madrid (España), 1988.
- Naciones Unidas, *Un Mundo en proceso de Urbanización*, Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1996.